

Lonely Planet

Número 28

MAGAZINE

Siria y Jordania

Viaje por la cuna de la civilización

DAMASCO | PALMIRA
PETRA | WADI RUM

Miradas al mundo: La Camarga | Cataratas Victoria | Castillo de Neuschwanstein

Y además...

Blog

El punto de encuentro de los viajeros. 24 páginas de propuestas, consejos e intercambio de información entre las personas con curiosidad que quieren descubrir el mundo.

5,95€ | lpm#28

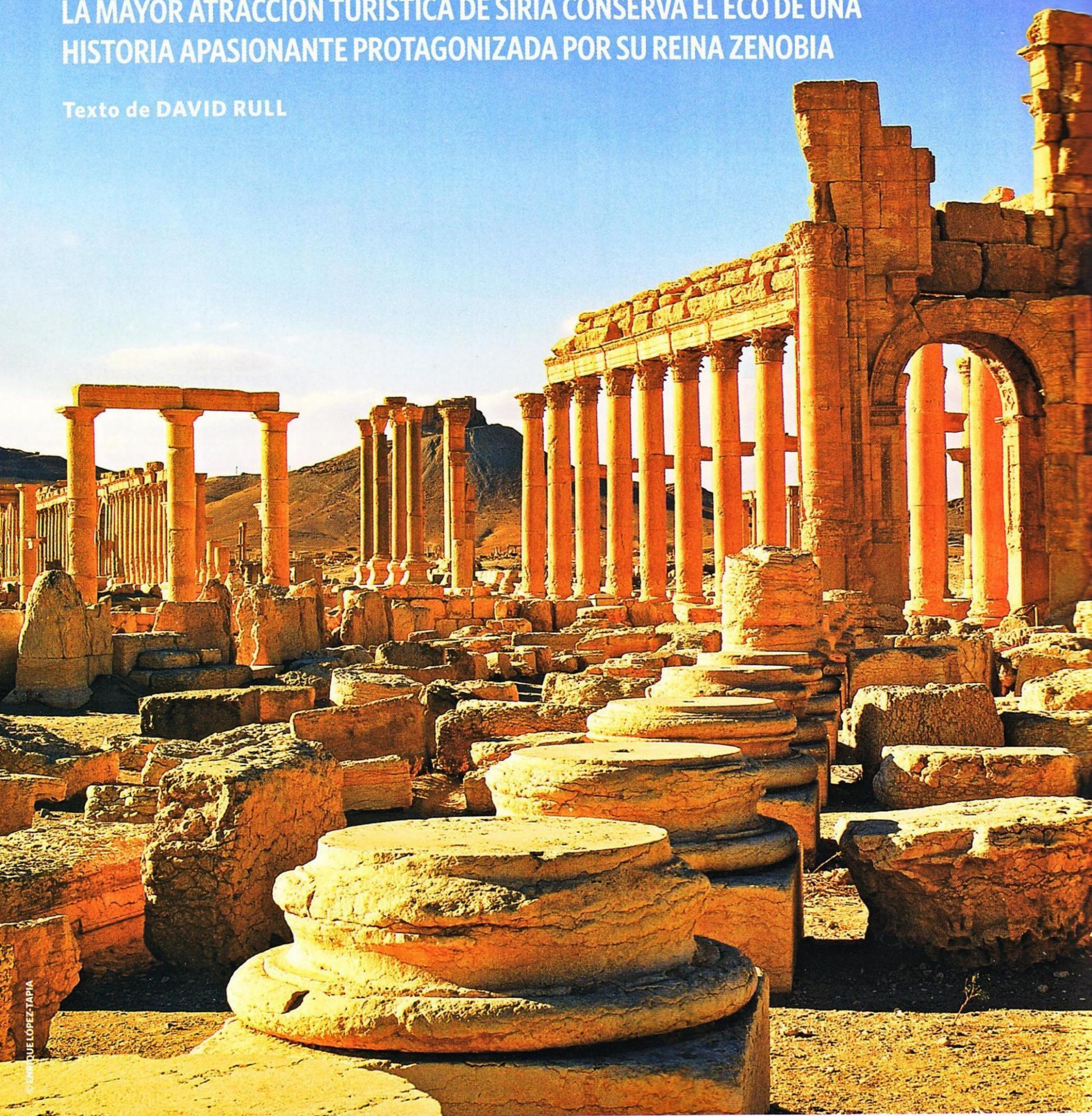


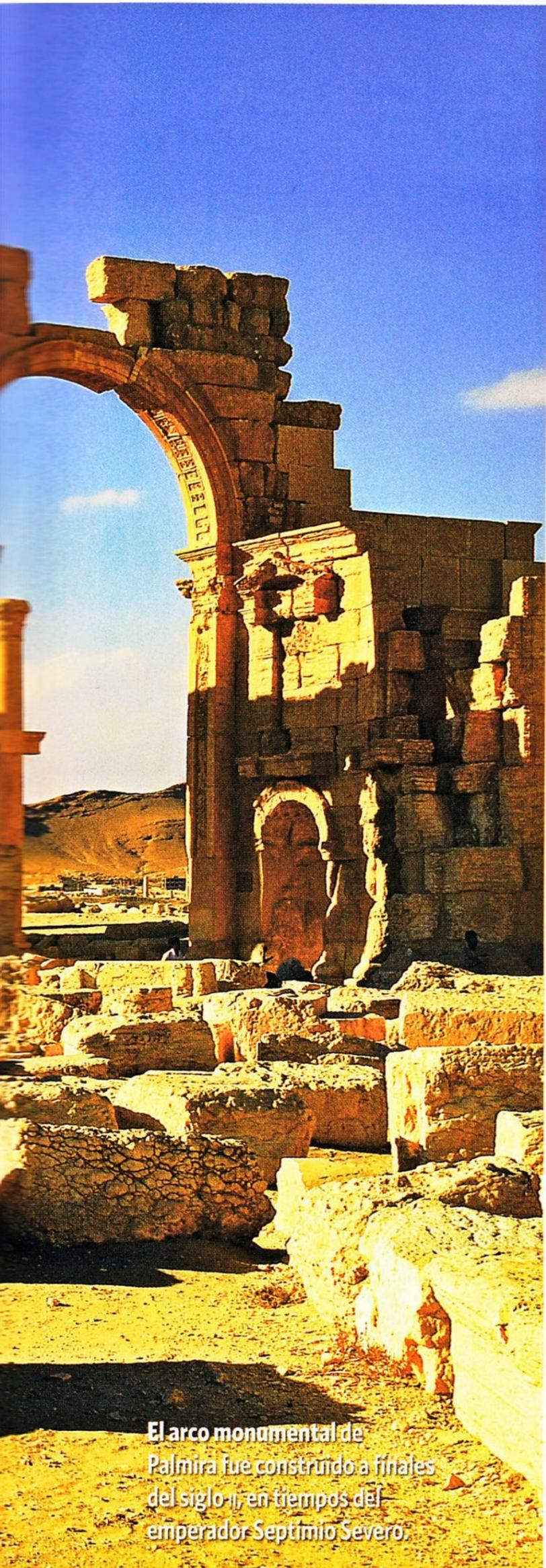
Palmyra

El puerto del desierto

LA MAYOR ATRACCIÓN TURÍSTICA DE SIRIA CONSERVA EL ECO DE UNA HISTORIA APASIONANTE PROTAGONIZADA POR SU REINA ZENOBIA

Texto de DAVID RULL



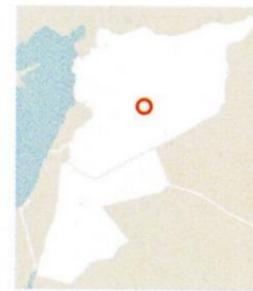


El arco monumental de Palmira fue construido a finales del siglo II, en tiempos del emperador Septimio Severo.

El monótono vaivén del autobús que me llevaba de Damasco a Palmira me había sumido en un sopor intermitente. Mientras miraba por la ventanilla venían a mi mente imágenes y lecturas sobre Palmira, su historia, sus monumentos y, cómo no, sobre su gran reina Zenobia. Ciertamente, el capítulo más relevante del devenir del oasis tuvo lugar durante su reinado en el siglo III.

Según narra la leyenda, Zenobia accedió al trono tras el asesinato en el año 267 de su esposo Odenato. Ante el desinterés de Roma por los territorios de Oriente, la ambiciosa soberana no sólo proclamó la independencia de su reino, sino que inició la conquista de las provincias de Arabia, Palestina y Egipto. Incluso llegó hasta la actual capital turca, Ankara. Finalmente, tanto ella como su hijo Vabalato decidieron proclamarse emperadores. La respuesta del emperador romano Aureliano ante tal desafío no se hizo esperar: en el año 271 su ejército, tras vencer al de la reina en Antioquía y Emesa, sitió Palmira, que capituló un año más tarde. Zenobia intentó huir a Persia, pero fue apresada antes de cruzar el Éufrates. No sabemos con certeza si fue ejecutada o si acabó sus días casada con un rico senador romano. Sea cual fuere su final, para muchos Zenobia encarna el símbolo de la resistencia nativa frente a la opresión del Imperio romano. Sin embargo, también hay quien opina que la reina hizo tan suyo ese imperio que al final deseó gobernarlo.

De repente, el vehículo se detuvo en el arcén. Pensé que se trataba de un pinchazo, pero pronto deduje que sucedía algo grave. Desde mi ventanilla podía ver al conductor gesticulando con los brazos mientras repetía rítmicamente “¡Al hamdu lellah, al hamdu lellah!” (¡Gracias a Dios, gracias a Dios!). Me apeé y uní al grupo de curiosos que se



El autor...

David Rull es profesor de egiptología en la Universitat Autònoma de Barcelona. Desde hace años compagina su actividad como docente con la de guía de viajes a Egipto y Oriente Próximo. Recientemente ha publicado *Viajes y viajeros* (Niberta, 2008).



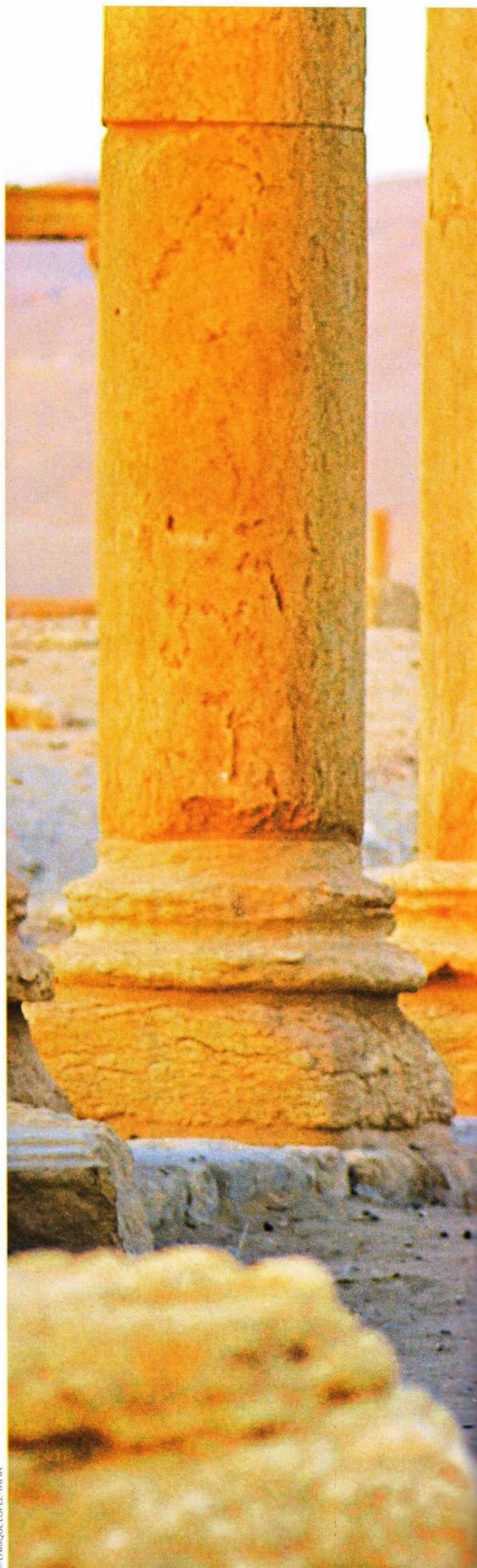
El templo de Bel es la estructura más completa que se conserva en Palmira. Fue levantado en el año 32 en honor a la versión local de una deidad babilónica, Baal, nombre que significa "amo" o "señor". En la imagen de la derecha, un beduino recorre al amanecer la Vía Columnata, un paseo que constituye la columna vertebral de Palmira.

había congregado a su alrededor. A mi lado había un hombre mayor. Era muy delgado y vestía un traje algo desgastado. Se llamaba Misbah y había trabajado hasta su jubilación en el Servicio de Antigüedades sirio. “*Motor broken, motor broken, my friend*” (“El motor está roto, el motor está roto, amigo mío”) fue la explicación que me dio. Intenté entonces averiguar la distancia que había hasta Palmira y el modo en que podíamos salir de allí, pero su respuesta en este caso fue una afectuosa palmada en la espalda y un “no se preocupe, que gracias a Dios todos estamos sanos y salvos”. Suficiente como para comprender que no podíamos hacer nada, por lo que decidí pasear mientras llegaba una solución que, naturalmente, tendría una intercesión divina.

El territorio de los beduinos

Todo a nuestro alrededor era de color ocre o amarillento a excepción de algunos pequeños arbustos. El silencio era absoluto. Pese a la desolación, el lugar tenía una belleza difícil de describir. Al rato se revelaron las siluetas de dos figuras que andaban por la llanura ¿De dónde habían salido? Misbah leyó mi pensamiento y contestó: “Son beduinos nómadas. Viven en el desierto con su ganado y sus tiendas. La zona en la que habitan la llamamos *badiya*: el territorio de los beduinos”. También explicó que en las regiones orientales del país –Dyeziré, al norte del Éufrates, y Chamiya, al sur– vivían dos grandes grupos de nómadas: los bedu y los chawaya.

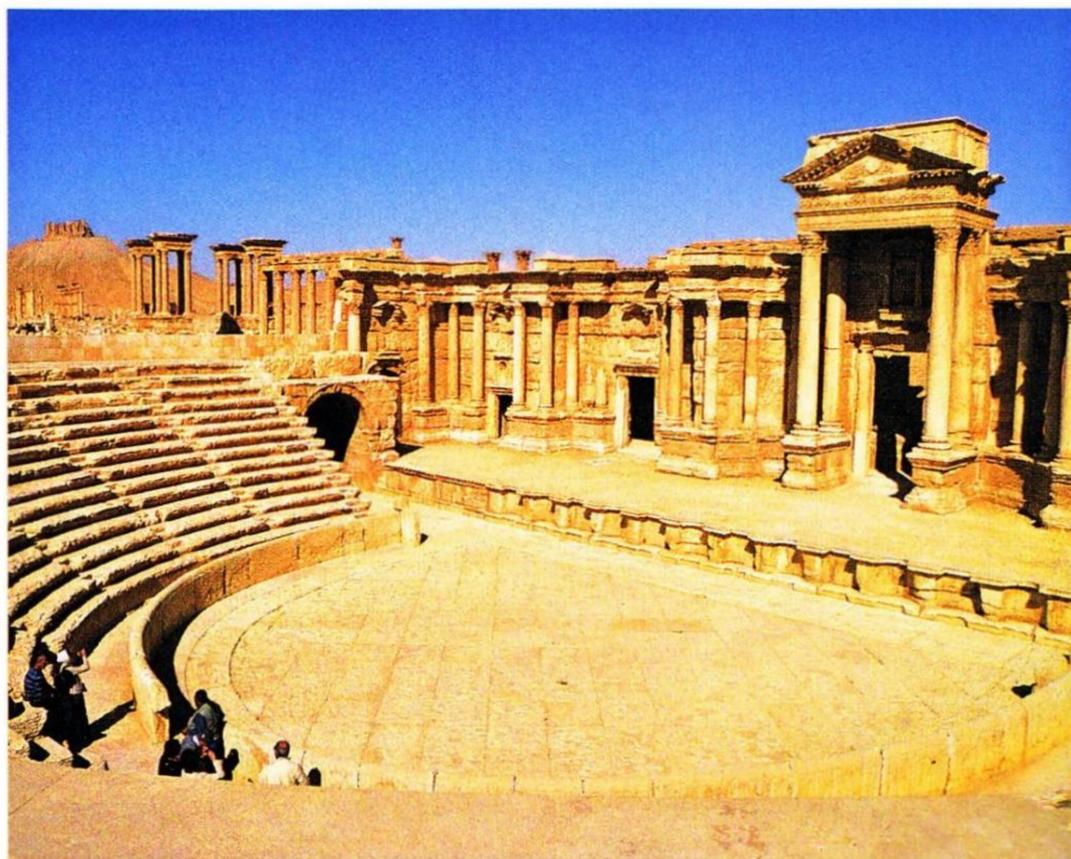
Las dos figuras surgidas de la nada, un hombre y una mujer, se acercaron a nosotros. Él llevaba una americana azul marino y un pañuelo rojo y blanco en la cabeza, mientras que la mujer iba ataviada con un vestido oscuro y un pañuelo ne-



© ENRIQUE LÓPEZ-TAPIA







gro que le cubría la cabeza y buena parte de la cara. Tras los pliegues se entreveían varios tatuajes en la barbilla y la frente. ¿Serían esas figuras errantes los últimos descendientes de los antiguos habitantes de Palmira? Quizá. No en vano la historia del oasis y su apogeo están estrechamente ligados al nomadismo y al comercio caravanero entre el Mediterráneo y el Éufrates.

Apogeo a ritmo de dromedario

Los orígenes de la ocupación del oasis de Palmira se pierden en los albores de la historia, aunque el primer testimonio escrito en que se cita Tadmor (nombre semítico del enclave) se encuentra en unas tablillas del siglo XIV a.C. halladas en la ciudad de Emar. Sin embargo, Palmira sólo adquirió relieve internacional a partir del siglo I d.C., cuando el dromedario fue implantado como animal de carga. Desde ese momento, el oasis se convirtió en un verdadero puerto en mitad del desierto al que las caravanas llegaban “navegando” en camello. Los palmireños fundaron entonces colonias en la ruta hacia el golfo Pérsico, e intercambiaban productos con los mercaderes de India y China.

En el año 19 d.C., Palmira se incorporó al Imperio romano, momento en que adquirió el nombre por el que hoy se la conoce y que alude a sus frondosos palmerales. Con los años, la ciudad devino uno de los principales puestos fronterizos del Imperio y el comercio la enriqueció durante casi tres centurias. Sin embargo, a finales del siglo III el emperador Diocleciano estableció que el tráfico comercial con Oriente sólo podía hacerse a través de Nisibis, en la actual Turquía. La desaparición de las caravanas supuso el declive de Palmira y el oasis cayó progresivamente en el olvido al tiempo que se convertía en refugio de beduinos y bandoleros.

Enterrado bajo la arena hasta la década de 1950, el teatro de Palmira sigue los modelos grecorromanos y da cuenta del esplendor que la ciudad llegó a alcanzar durante los tres primeros siglos de nuestra era. A la izquierda, vista de las ruinas de este enclave que aún hoy sigue deparando sorpresas a los arqueólogos.

Los beduinos llegaron hasta el grupo, charlaron con el conductor y se sentaron a nuestro lado, en silencio, hasta que apareció una camioneta. Misbah conversó con sus ocupantes y me hizo señas con la mano. Se ofrecían a llevarnos a Palmira. Acepté la invitación y en poco más de una hora estábamos en la principal plaza de la ciudad moderna: la Saahat ar-Rais. De inmediato, una muchedumbre me rodeó para ofrecerme alojamiento. La insistencia fue tan agobiante que por un momento me sentí como aquellos viajeros europeos que entre los siglos XVIII y XIX se aventuraban a llegar hasta aquí y eran secuestrados por los beduinos para obtener un rescate. “La riqueza de Palmira ya no procede de las caravanas. Ahora que tenemos turistas ya no necesitamos camellos”, me dijo Misbah, quien dispersó a la gente que me rodeaba con amabilidad.

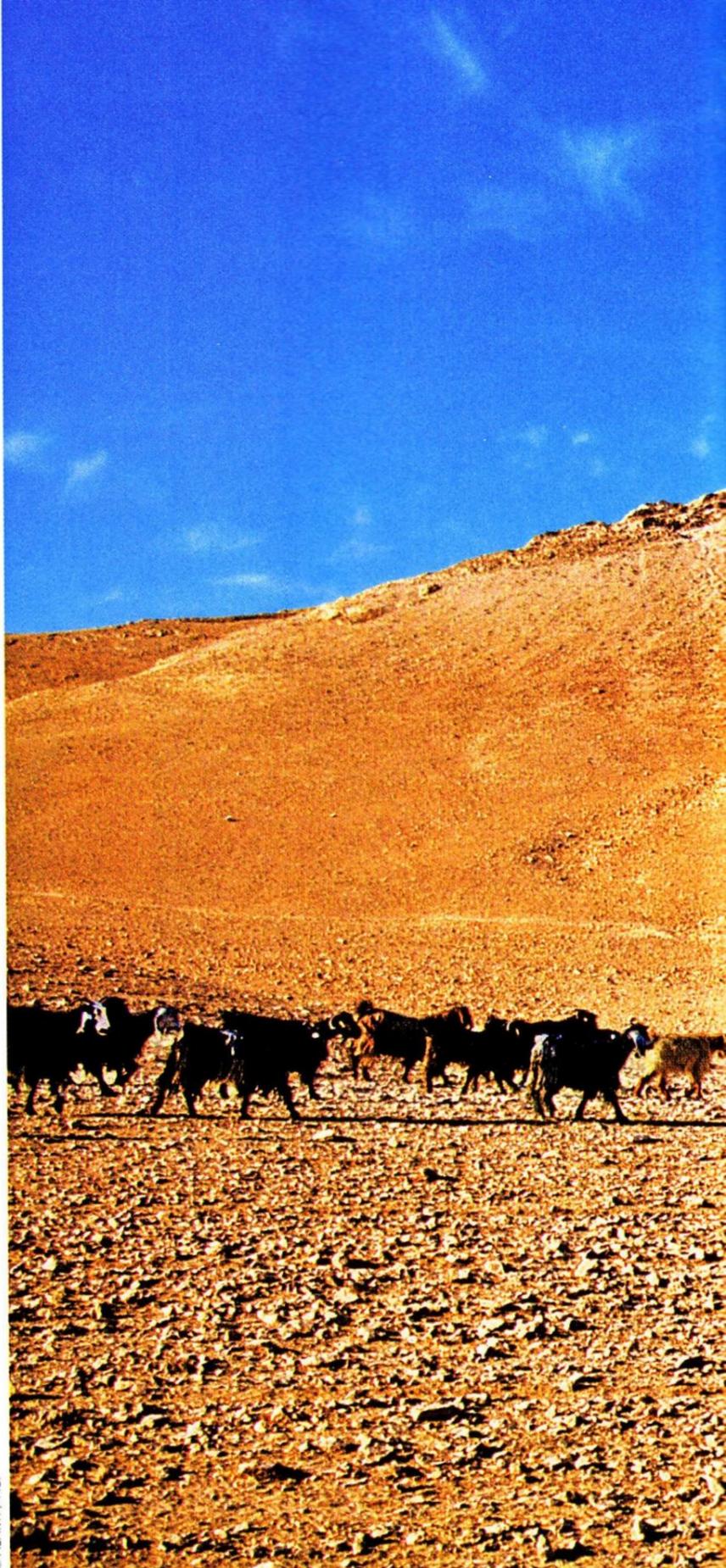
Imágenes vívidas del pasado

Al día siguiente, me desperté con la llamada a la oración que precede a la salida del sol. Salí impaciente a la calle y fue así como descubrí la antigua Palmira en el instante en el que empezaba a ser acariciada por las primeras luces del día. Estaba solo y me dejé llevar por la belleza del yacimiento. En la majestuosa Vía Columnata imaginé el tráfico de camellos y comerciantes que la recorrieron en tiempos. Allí estaban también los restos de los baños de Diocleciano, el teatro y el ágora donde los mercaderes intercambiaban sus productos y pagaban las tasas correspondientes a los funcionarios. De regreso a la vía principal, mi atención se dirigió a los haces de columnas del Tetrapilón, una construcción situada en el centro de una plaza en la que la Vía Columnata tuerce ligeramente su eje hacia el norte. Es inevitable pensar, con admiración, en el largo camino que esas columnas de granito habían recorrido desde las canteras de Asuán en Egipto...

Más adelante se encuentra el arco monumental, una gran puerta en forma de doble arco y en ángulo con la que se salva un segundo punto de inflexión de la Vía Columnata. La magna estructura se orienta hacia el templo de Bel, uno de los edificios mejor conservados de Palmira. Era el hogar del dios del cielo estrellado, Bel, la principal divinidad del poco conocido panteón local, asimilada en época romana a Júpiter. Para acceder

al santuario (*cella*) hay que atravesar un grueso muro (*temenos*) que en la Antigüedad delimitaba el espacio consagrado al dios. Situado en el centro del patio, ese santuario tiene todo el aspecto de un templo grecorromano, aderezado con influencias del arte oriental y algunas singularidades, como la localización de la entrada en uno de los muros laterales. Su aspecto es grandioso e imponente, pero al mismo tiempo sus columnas y relieves evocan delicadeza y simplicidad.

Dejé para el día siguiente las necrópolis. Misbah me acompañó y, mientras volvíamos a atravesar el yacimiento de Palmira, me contó que los palmireños más modestos se habían hecho enterrar en fosas sobre las que colocaban estelas fu-



© ALAMY/ACI

El amanecer, ese instante en que la antigua Palmira empieza a ser acariciada por las primeras luces del día, es el mejor momento para imbuirse de la belleza del yacimiento



nerarias. Los más ricos, en cambio, idearon un insólito sistema de entierro en forma de torre que, en algunos casos, tenía hasta cuatro pisos de altura. A partir del siglo II, por razones que desconocemos, los habitantes del oasis sustituyeron las torres por hipogeos profusamente decorados.

La ciudad de los muertos

Después de una hora de paseo llegamos al valle de las Tumbas. El lugar resultó ser un amplio *wadi* por el que discurría la ruta hacia Emesa, la actual Homs. En las laderas y al pie de pequeños acantilados se encontraban las torres funerarias. En el interior de algunas de ellas aún se ven los nichos que habían albergado los sarcófagos y los restos mutilados de los bustos que servían para reconocer a sus propietarios. La mayoría de torres está en ruinas, pero algunas, como la de Elahbel, se mantienen en un magnífico estado de conservación.

Su geométrica verticalidad contrasta con la irregular llanura desértica y confiere al lugar una atmósfera muy especial, como si las torres se resistieran al inexorable paso del tiempo.

Más tarde tomamos un taxi que nos llevó hacia el sur, a la zona de los hipogeos. En su interior se pueden apreciar algunos de los mejores frescos de la necrópolis e, inmortalizados en ellos, los rostros de los antiguos habitantes del oasis.

La tarde anterior a mi partida, Misbah me propuso que me despidiera de Palmira contemplándola desde su mejor atalaya: las ruinas del castillo árabe de Qala'at ibn Maan. Nuevamente, el juego de luces y sombras del atardecer llenó de asombro a quienes nos encontrábamos en el lugar. Charlamos hasta que oscureció y la inesperada llegada de la luna llena nos regaló otra inusual imagen de la ciudad. Bajo su luz, Palmira adquiría una belleza irreal. ✈

Al oeste de las ruinas se levanta el Qala'at ibn Maan, una fortaleza del siglo XVII que se cree fue mandada construir por Fakardín, un señor de la guerra libanés que se enfrentó a los otomanos. Hoy es el mejor mirador de Palmira.